

CAPÍTULO I

Valor y valoración. El desafío de la *sindéresis*

Willmar de J. Acevedo Gómez¹

Resumen

La capacidad de valorar el mundo y todo lo que contiene llena de sentido la vida del ser humano. Ante una realidad de pandemia que el hombre intempestivamente se ve obligado a enfrentar, se hace evidente la precariedad de sus más arraigadas seguridades y se enfrenta a una crisis de percepción de sus valores. En este contexto, el presente trabajo aborda el valor como cualidad que está en las personas y en las cosas, y por el cual se estima o desestima la realidad. Se propone el desafío de la *sindéresis* como posibilidad de salida de esta crisis, comprendida como entendimiento agraciado, como experiencia de aprendizaje y como posibilidad de ser.

Palabras clave: San Buenaventura, hombre contemporáneo, filosofía, valor.

Introducción

En el presente texto voy a referirme a tres asuntos que considero notables a la hora de desvelar algún sentido en esta realidad difícil de pandemia por la que atravesamos. Son ellos la nueva manera de valorar o apreciar la realidad, la emergencia de lo esencial a partir de la crisis de percepción de los valores y

¹ Willmar de J. Acevedo Gómez. Magister en Filosofía y candidato a doctor UPB, Medellín. Profesor asociado II Universidad Católica de Pereira. Últimas publicaciones: (libro) *Los currículos de formación socio humanística en la Educación Superior* (2019). En: <https://biblioteca.ucp.edu.co/ojs/index.php/publicacionesinstitucionales/article/view/4077/4523>; (artículo) El turista y el *Itinerarium*. Una lectura disruptiva del *Itinerarium Mentis in Deum* (2020). En: <http://openinsight.mx/index.php/open/article/view/421/787>. ORCID: <https://orcid.org/0000-0001-5642-0029>. Contacto: willmar.acevedo@ucp.edu.co

la importancia de la sindéresis. Los dos primeros introducen el tercero, al cual quiero dar énfasis.

Mi predicamento es este: en un mundo que se ve enfrentado intempestivamente ante una nueva forma de vivir y apreciar la realidad, se descubre lo que podríamos llamar una crisis de *percepción* de los valores, en la que aparecen desnudas las precariedades del hombre contemporáneo exitoso, consumidor y afanado. En este escenario emerge, para quien quiere ver, el gran desafío de la sindéresis como experiencia de aprendizaje, como posibilidad de ser, como expresión de la conjunción insuperable de la voluntad y la gracia.

Estamos apenas tratando de asimilar esta nueva manera de valorar la realidad que se nos impone con inverosímiles normas, cuya certeza más evidente es la incertidumbre. El desafío por el sentido y por la resignificación de nuestra realidad en condiciones de pandemia se hace apremiante, y la sindéresis se propone como una de las maneras de responder a este desafío.

Este capítulo hace parte de una investigación titulada “Itinerario de la mente a Dios: tras las huellas de aquella paz que sobrepuja todo entendimiento”, que tiene como propósito general descubrir la propuesta filosófica que está en la base del *Itinerario de la mente a Dios*², de San Buenaventura, y proponer una intertextualidad con la realidad del hombre contemporáneo, quien, en su manera inmanente de comprender y asumir el mundo, parece haber olvidado la relación dialéctica que lo conduce por la experiencia cotidiana hasta Dios. Es esta una investigación teórica de tipo cualitativo, con enfoque hermenéutico y diseño documental.

Además de la fuente primaria del *Itinerario* (1945), hemos aprovechado algunas fuentes secundarias específicas, tales como Acevedo y Soto (2020), Moraga (2005) y Pulido (2004, 2008).

2 Seguimos, para la investigación sobre el *Itinerario de la mente a Dios*, las obras de San Buenaventura de la Biblioteca de Autores Cristianos (1945), que presenta el texto bilingüe latín-español. Los números romanos indican los capítulos de esta obra y los números arábigos los párrafos dentro de cada capítulo.



El valor y su valoración. Nueva manera de apreciar la realidad

Para comprender mejor lo que implica resignificar la realidad que vivimos, es necesario aproximarnos antes, aunque sea panorámicamente, a lo que entendemos por valor. La axiología, que estudia la teoría del valor en general, es un tema reciente en la filosofía (finales del siglo XIX), que ha ido cobrando relevancia en las últimas décadas. Acerquémonos entonces un poco a este asunto: ¿a qué nos referimos cuando hablamos de valores?

De la mano de Max Scheler (1973), Manuel García Morente (2006) y Risieri Frondizi (1958), diremos que los valores son cualidades que están en las personas y en las cosas, por las cuales las estimamos o no. Por los valores apreciamos la vida y las relaciones que tejemos en ella. Ahora bien, si por sus cualidades apreciamos o despreciamos las personas y las cosas, podemos inferir entonces que valorar significa fundamentalmente no ser indiferentes; es decir, todo lo que hay a nuestro alrededor nos importa, lo cual es lo mismo que reconocer su valía, apreciarlas positiva o negativamente.

Si reconocemos entonces que todo a nuestro alrededor vale, podremos deducir que el asunto del valor no pierde relevancia a través de la historia. Lo que sucede es que, en acontecimientos de pandemia, vuelve a tomar protagonismo, y ello sucede porque cambia la manera como valoramos o apreciamos la realidad presente. En circunstancias que llamaríamos *normales*, los pasamos por alto o simplemente nos acostumbramos, y la valoración de las cosas se convierte en asunto cotidiano; pero, en estos tiempos difíciles, valorar de manera diferente nuestra vida puede iluminar la cotidianidad. Este es un momento muy singular en la historia contemporánea, en el que la humanidad se siente humanidad, así que podemos preguntarnos seriamente: ¿y qué es lo que en verdad vale?, ¿qué es lo esencial?

Podemos comprender entonces la importancia real que tienen los valores en la vida de las personas, puesto que sin ellos no sería posible la vida misma y la libertad dentro de ella. Cuando elegimos lo hacemos entre lo que apreciamos y lo que no. Sin valorar las cosas y personas que hay a nuestro alrededor simplemente no sería posible vivir, ya que nuestra vida es un gran tejido de relaciones valorativas. Es un asunto esencial. El valor, la libertad y la vida misma están unidos fuertemente y, sea que tengamos clara o no la teoría del valor, apreciamos y estimamos día a



día nuestra realidad más inmediata y sus innumerables relaciones con el mundo, con los otros y con nosotros mismos.

Ahora bien, cuestionar la *normalidad* de la realidad que hasta el momento hemos vivido nos hace pensar con más cuidado la manera como valoramos la vida cotidiana; en otras palabras, la estima o desestima de todo lo que tenemos a nuestro alrededor. Podríamos estar inclinados a creer que esta situación de pandemia nos está presentando una valiosa oportunidad de pensar en que la realidad que hoy vivimos no es tan estable como creemos. Aquello que antes creíamos esencial podría hoy no serlo, o aquello que antes creíamos superficial podría ser hoy esencial.

Cuando amamos las cosas y usamos a las personas, como reflejo de lo que nos ha enseñado este mundo capitalista, ¿será posible que esté equivocada la mirada de nuestra valoración?, ¿será posible que estemos equivocados sobre lo esencial? ¿Será que estos tiempos de pandemia nos están ofreciendo la oportunidad de apreciar de mejor manera lo que en verdad es esencial? Es posible que se esté acercando el tiempo en el que amemos a las personas y usemos las cosas.

Crisis de percepción de valores. La emergencia de lo esencial

Es posible que esta pregunta por lo esencial nos arroje finalmente a una “crisis de valores”, por cuanto aquello que valoramos como tal (el éxito, el consumo, la rapidez, el negocio, la eficiencia; es decir, los valores del hombre contemporáneo) no nos está defendiendo en una situación límite de pandemia como la presente. En este sentido cobraría fuerza la idea de una transvaloración, en la cual la relevancia la tengan valores como el ocio, la felicidad, el compartir, la calma, el gozo, entre otros, comprendidos como la expresión de nuevas formas de apreciar la realidad que habitamos.

En cualquier caso, es importante señalar aquí el carácter de atemporalidad de los valores. De tal suerte que no podríamos hablar en estricto sentido de una “crisis de valores”, pues, como cualidades que acompañan al ser, ellos permanecen en el tiempo. De lo que sí podríamos hablar sería más bien de una crisis de “percepción” de los valores, por cuanto su comprensión puede variar por una u otra tendencia de época, según sea aquello a lo que se le otorga valor.



Según las escalas de valores presentadas por Frondizi (1958) o Scheler (1973), entre otros, los valores sensibles estarían más cercanos a un supuesto punto de indiferencia; luego seguirían los valores útiles, vitales, estéticos; luego los morales y, finalmente, los religiosos o trascendentales (para los que no son religiosos). De otra manera, a mayor distancia del supuesto punto de indiferencia, mayor jerarquía (mayor importancia, aprecio) del valor; y a menor distancia del punto de indiferencia, menor jerarquía. Pensaríamos entonces que los valores más cercanos al supuesto punto de indiferencia serían, en términos generales, los de menor jerarquía.

Podríamos estar inclinados a pensar, en este sentido, que la tendencia de la época contemporánea, por ejemplo, es dar mayor jerarquía a los valores sensibles y materiales que a los morales o a los trascendentales. Y si esto es así, efectivamente estaríamos hablando de una crisis de “percepción” de los valores, mas no de una crisis de valores³, pues ya hemos comentado su importancia radical en el mundo que vivimos. Además, el argumento de la objetividad de los valores (frente a otras tendencias diferentes y/o contrarias) defiende la idea de que los valores se descubren, no se inventan.

Lo que sí se hace evidente es una naciente tensión entre valores tradicionales y emergentes, que se ve reflejada en la fatiga del éxito, la adicción al trabajo, la insulsa rapidez de las metas, el eufemismo del conocimiento y su promesa de éxito. Cuando, consumidos y embriagados por la ilusión del éxito material, aparece el sinsentido, cuando la actividad humana productiva se convierte en adicción, cuando engañamos y defraudamos camino a la cumbre de lo que definimos como triunfo, cuando la razón embebida en su arrogancia no comprende sus propios límites, todo parece indicar que estamos asistiendo a un escenario de transvaloración en el cual va surgiendo una nueva apreciación de lo que debe ser considerado como esencial. Los valores tradicionales no soltarán fácilmente sus enraizadas convicciones, lo que nos hace pensar que las fuerzas de esta tensión apenas están en sus inicios.

3 Al respecto se puede ver *Crisis de percepción de los valores*. En <https://biblioteca.ucp.edu.co/ojs/index.php/paginas/article/view/1593>.



Importancia de la sindéresis

Es precisamente en esta tensión transvalorativa que quisiera traer a colación un pensador que está lejos en el tiempo pero muy cercano a nuestro tema de discusión. Se trata de Juan de Fidanza, mejor conocido como San Buenaventura de Bagnoregio, santo franciscano del siglo XIII. En su obra culmen, *El Itinerario de la mente a Dios*, propone un recorrido de tres jornadas por las cuales se puede alcanzar la sindéresis o chispa de discernimiento. Las jornadas van desde la exterioridad (mundo material) hasta la superioridad a sí mismo (mundo espiritual), pasando por la interioridad (mundo interior), de tal manera que recorriendo este itinerario puede alcanzar el hombre la comprensión de lo esencial en la vida (I, 4).

Describamos un poco este camino para mejor comprensión de su cenit. En la primera jornada (*Itinerario I y II*), el hombre aprecia las cosas materiales sensibles y las aprovecha para remitirse al ser; esto es, las cosas sensibles son una muestra de la perfección del creador y por lo tanto remiten a Él. En esta jornada es importante resaltar la potencia de la estimativa sobre el mundo físico con todas sus bondades. Y no solo el mundo físico exterior, sino también nuestro propio mundo físico más inmediato, nuestro cuerpo. Y no es de menor importancia, en esta primera jornada, el real aprecio (valoración) que en este camino ascendente se da a la realidad material, pues es a partir de ella que se puede escalar en la búsqueda de la anhelada sindéresis. Adquiere aquí gran sentido lo que hemos dicho más arriba, es decir, que el valor tiene que ver con el aprecio o la estima por todo lo que hay a nuestro alrededor y en donde nada nos es indiferente. Nos referimos precisamente a esta primera jornada.

En la segunda jornada (*Itinerario III y IV*), después de valorar en su verdadera magnitud las riquezas y deleites que implica su realidad corporal, el hombre vuelve sobre sí mismo a partir de sus sentidos internos; y en ellos y por ellos puede ver la causa misma de su existencia, o sea, a Dios. Recordemos que, en esta filosofía cristiana de la alta Edad Media, el diálogo de la fe con la razón es también la expresión de una tensión entre dos maneras complementarias de comprender el mundo. Para la realidad que vivimos en nuestros días, esta segunda jornada viene a recordarnos la potencia de la vida interior y su importancia en la construcción de sentido. No podría comprenderse esta jornada interior sino como complemento y ascenso de la primera.



En el ejercicio valorativo que venimos comentando, la libertad, entendida como condición por medio de la cual es posible ser, resulta fundamental, puesto que el ejercicio de elegir es profundamente interior. Así, la libertad es una cualidad interior por la cual podemos ser lo que elegimos ser. La libertad, en sus movimientos de adhesión (sí) o ruptura (no), es un acto de aprecio y de estima por aquello que elegimos. De tal suerte que el valor, la libertad y la segunda jornada propuesta por Juan de Fidanza están estrechamente unidas.

Ya en la tercera jornada (*Itinerario V y VI*), pasando por encima de sí y después de haber apreciado las cosas materiales y de haber reflexionado desde su interioridad, puede ver el hombre las maravillas trascendentes que puede conseguir, aun cuando están por encima de su capacidad racional, con esfuerzo y humildad.

La sindéresis es entonces el culmen de las tres jornadas propuestas por el santo. Esta comprensión agraciada se hace posible después de apreciar el mundo físico y sus bondades, de entrar en sí mismo y pasar por encima de sí, de su propio interés personal. Así, se logra ascender a la generalidad y desde allí apreciar lo que realmente vale, lo esencial. Decimos que es una comprensión agraciada, porque tal estado no se logra solo con el esfuerzo racional o la perseverancia de la voluntad; necesita además ser asistido por la generosidad del don.

Se colige entonces que la sindéresis es fruto de un trabajo escalonado y seguramente fatigoso, que involucra gran esfuerzo y tenacidad en la tarea. Pero aun siendo la sindéresis fruto del esfuerzo humano, en este punto entra a jugar un papel fundamental lo que llamamos la gracia. Diremos que para que un verdadero discernimiento llegue a ser sindéresis necesita estar asistido por esta gracia, que es un regalo. Por ser regalo no es fruto del esfuerzo, aunque no lo elimina. De lo contrario, podría fácilmente el hombre creer que las comprensiones más elevadas a las que puede alcanzar su razón serán suficientes para hallar el sentido pleno y esencial de la vida.

Aquí es donde el hombre, en su búsqueda, puede desvanecer ante uno de los más sutiles y colosales peligros. Es cuando, en esta tensión valorativa de la que venimos hablando, la razón arrogante e ingenua de sus propios límites cree que la sindéresis le llega solo por sus fuerzas y sin concurso de asistencia alguna.

Insiste el santo en que sin la sindéresis el ser humano permanece como encorvado sobre sí mismo, sin la posibilidad de ver dentro de sí y mucho menos fuera de sí



(*Itinerario I*, 7). Confundido, es incapaz de ver con claridad (apreciar, diríamos nosotros) la realidad misma que lo circunda y de la cual él forma parte.

La *sindéresis*, además de ser comprensión agraciada, es también ocio contemplativo (*sjolé*: escuela, estudio, tranquilidad). Implica la contemplación por la cual la verdad se puede hacer evidente. Es importante aclarar que esta *comprensión agraciada* puede ser adquirida por cualquier persona del común, siempre y cuando sepa conjugar la disciplina y la tenacidad con la humildad y el respeto. Por eso la *sindéresis* es el reto que se le impone al hombre contemporáneo, que en época de pandemia confunde el valor de las cosas con las cosas mismas, a tal punto que ama las cosas y usa a las personas, como ya se ha señalado.

La prisa, la cantidad (no la calidad) y la velocidad agotan al hombre contemporáneo en una carrera vaciada de sentido. Es realmente incomprensible que, en tiempos de pandemia y de distanciamiento social, las personas salgan en masa a *comprar*, para aprovechar uno u otro beneficio de exención de impuestos por parte del Estado. Este comportamiento indica claramente la crisis de “percepción” de valores de la que hemos hablado, en la que tienen mayor jerarquía los valores materiales que los éticos. Es más importante consumir que cuidarse. Difícil será entonces para esta sociedad lograr el ascenso a la *sindéresis* de la que nos habla el Doctor Seráfico.

Sin la *sindéresis*, la valoración de lo sagrado se hace cada vez más distante, y el aprecio de las interrelaciones entre los seres humanos se ven amenazadas por un mercado al que le preocupa más la recuperación económica de un estado que el bienestar de sus propios habitantes.

Si la *sindéresis* es pues una capacidad humana, asistida por la gracia, por la cual el hombre contemporáneo puede llegar a apreciar la realidad toda, sin caer en una “crisis de valores” o en una crisis de “percepción” de los valores, podría también por ella apreciar mejor su entorno, de acuerdo con las búsquedas que se imponga, y empeñarse en construir su vida misma como la más bella de las obras de arte.

En el campo de la educación, la *sindéresis* es fundamental. Como se podrá notar, la *sindéresis* y el aprendizaje están estrechamente vinculados, puesto que la primera es la expresión por antonomasia del segundo. Y el segundo no se da sin la primera. De tal suerte que cada verdadero aprendizaje es un acto de *sindéresis*. El aprendizaje es un descubrimiento; por eso, es ante todo un chispazo de luz (ápice



de luz lo llama San Buenaventura, I, 6), un regalo por el que se asiste a la razón en el empeño que se propone. Así, el aprendizaje nunca sucederá sin la voluntad de quien lo persigue, pero no solo por ella. La *sindéresis* es entonces un aprendizaje que se logra efectivamente con el esfuerzo humano, pero nunca sin la gracia.

Como colofón, quisiera referirme a dos asuntos educativos que tienen que ver también con la *sindéresis*: las nuevas tecnologías y la formación.

Nuevas tecnologías

Las nuevas tecnologías son y serán parte fundamental de nuestra vida diaria, pero su existencia no significa por sí misma un avance en el proceso del aprendizaje. Pensar que la tecnología significa un avance significativo en el aprendizaje es como pensar que el paso del tablero acrílico significó un gran avance en el aprendizaje con respecto al tablero de tiza. ¿Qué tiene que ver una cosa con la otra? Por un lado, hablamos de la superficialidad, de los medios para enseñar y aprender; por otro lado, hablamos de lo esencial, del aprendizaje que depende muy poco de la tiza, el tablero, el acrílico o la diapositiva.

Infelizmente, y aunque no lo creamos, el mercado demencial en el que giramos sabe bien que sin la *sindéresis* podemos ser presa fácil. De este modo, hoy tenemos a mano tantas opciones que no hay oportunidad de elegir, mucho menos de discernir, por lo que eligen por nosotros a través de la mercadotecnia. He ahí la importancia preponderante de la *sindéresis* y lo peligrosa que puede llegar a ser para los intereses del mercado, que nos requiere encorvados.

Si no somos capaces de elevarnos sobre nosotros mismos a través de la *sindéresis*, nos quedaremos encorvados sobre nuestros propios dispositivos electrónicos, conectados con todo el mundo, en contacto con nadie y menos con nosotros mismos. Tamaña lección ya la tenemos bien clara desde el siglo XIII con Juan de Fianza.

La formación

Si en el proceso de formación mantenemos el énfasis en la enseñanza, no tendremos resultados diferentes a los que hemos tenido hasta el presente. Por esa razón y consecuentemente, en el proceso de formación el énfasis ha de estar en el aprendizaje. El proceso de formación es mucho más que una carrera empresarial,



con los desafíos propios de una empresa de producción, con sus afanes y devenires cotidianos.

Habría que pensar seriamente en la diferencia de los procesos de formación y de información. Cuando hablamos de educación, hablamos fundamentalmente de procesos de formación. La formación tiene que ver con dinámicas autónomas de construcción de sí mismo y con el cultivo de las emociones y las relaciones con los otros.

El sistema educativo propone que la formación en valores es muy importante. Aquello que es verdaderamente importante implica dedicación de tiempo. Ahora bien, ¿será importante la educación en valores a la cual el sistema le dedica una hora en la semana? En este tiempo de confinamiento, el sistema educativo le está dando más importancia a las asignaturas que ellos llaman esenciales, y ética y valores no está ahí, no es esencial para el sistema. ¿No será que esta pandemia nos puede enseñar precisamente a apreciar lo esencial?, ¿acaso no estaremos a la altura del desafío de la sindéresis?

Referencias

Acevedo Gómez, W. de J. y Soto Posada, G. (2020). El turista y el *Itinerarium*. Una lectura disruptiva del *Itinerarium Mentis in Deum*. *Open Insight*, XI (22), 70-98.

Fronzizi, R. (1958). *¿Qué son los valores? Introducción a la Axiología*. Fondo de Cultura Económica.

García Morente, M. (2006). *Lecciones preliminares de filosofía*. Grupo Editorial Tomo.

Moraga Esquivel, J. (2005). La gracia en el «*Itinerarium Mentis in Deum*» de San Buenaventura. *Veritas*, 13, 123-148.

Pulido, M. L. (2004). Una reflexión ética del “*Itinerarium mentis in Deum*” de San Buenaventura. *Cuadernos Salmantinos de Filosofía*, 31, 5-22.

Pulido, M. L. (2008). Vivencia interior de la ley natural en San Buenaventura: Sindéresis, superación de la dialéctica sujeto-objeto. *Anuario Filosófico*, 41(91), 83-98.



San Buenaventura. (1945). *Obras de San Buenaventura. Edición bilingüe. Itinerario de la mente a Dios* (vol. I). BAC.

Scheler, M. (1973). *Formalism in Ethics and Non-Formal Ethics of Values: A New Attempt Toward the Foundation of an Ethical Personalism*. Northwestern University Press.

